

Guardó la ingrata vida este motivo,
 Cuya mano (tal es la humana suerte!)
 La suya quitó al rey, que dejó acaso
 Su gente en guarda de un estrecho paso.
 Y con el preso, y este incauto moro
 Por su guarda, llegó á esta estéril sierra,
 En cuya verde falda un bulto de oro
 Ofender vieron con injusta guerra;
 Una dama, que el mundo en su tesoro
 Otra joya de igual primor no encierra,
 En poder de unos bárbaros feroces,
 Contra quien daba en su defensa voces.
 Libraron con su fuerza á la que pudo
 Con la suya rendir sus torpes ojos,
 Y al tirano Geber suspenso y mudo
 En su gusto sembrar nuevos antojos:
 No sé si aquí me engaño, mas no dudo
 Del triste estrago destes campos rojos,
 Que en lugar de la adúltera querria
 Que la nueva reinase en Berberia.
 Este gallardo jóven, cuya muerte
 Triste presagio de la mia ha sido,
 Y su real nombre Bahamel el Fuerte,
 Y de Orgio primo y sucesor querido;
 O ya rendido de la misma suerte
 Del bello rostro en llanto consumido,
 O que con la ocasion quisiese en ella
 Cobrar de un golpe el reino, y la doncella,
 Hecho su oculto trato con el preso,
 Y de armas prevenido de su mano,
 Feliz á los principios el suceso,
 Suya fue la virtud, y de Artabano:
 Matan al rey Geber, matan tras eso
 Del rudo pueblo el escuadron villano,
 Que él trazando su amor, y ellos su cena,
 De nada estaban con temor ni pena.
 Vuelto sangriento lago el aparato
 Del banquete real, vió la floresta
 Entre tazas y muertos un retrato
 De los Centauros en su horrible fiesta:
 Huyó la bella dama con recato
 De la turbada mesa descompuesta,
 Siguiéndola cual diestros cazadores
 De la matanza cruel los agresores.
 Desta vecina gruta en las entrañas
 Huyendo se escondió, los dos tras ella
 Victoriosos desvuelven las montañas
 Al turbio rayo de una obscura estrella,
 Cuando entre ásperos riscos y espadañas
 Su luz la descubrió cual Diana bella,
 Que al romperse la hueca nube fria
 Hurtando sale la hermosura al dia.
 Mas, ahora al fin de la cruel matanza
 Algun furor quedase con la vida,
 O el justo cielo diese á la venganza
 Del caso atroz tan misera salida;
 Y por la frente la ocasion asida,
 Casi triunfando ya de su esperanza,
 La vuelta daban de esa gruta obscura
 Con la recien hallada hermosura:
 Cuando un soberbio bulto denegrido
 Las sombras amasaron desta sierra,
 Del ciego infierno á castigar venido
 Los alevos destrozos de tal guerra,
 Mas que de acero, de rigor vestido,
 De dos golpes cual ves echó por tierra
 Las malogradas vidas, que en una hora
 Venus triunfantes vió, muertas la aurora.
 De la infeliz tragedia por testigo
 Yo solo me salvé en la gruta obscura,
 Medroso que del cielo al fiel castigo
 No habia en el mundo ya parte segura;
 Cuando del vientre obscuro, cuyo abrigo
 El temor me prestó, vi una figura
 En horrible anhelar sembrando fuego,

Que este mundo alumbró, y se apagó luego.
 Así el medroso moro al rey Morgante
 De su infeliz tragedia acabó el cuento,
 Y él viendo la honda traga, que delante
 Con horrible preñez se traga el viento,
 Sintió en su hueco tumbo resonante
 Nuevo rumor, y con gallardo aliento,
 Sin mas escudriñar causas ni efetos,
 Entró á ver de sus senos los secretos.
 Tembló el hinchado monte, gimió el valle,
 Y vomitó la cueva un fuego horrible,
 Huyó el cobarde moro, que á tornalle
 El amer de Bohamel no fue posible:
 Lo que al corzo le avino abriendo calle
 Por el obscuro cóncavo invisible,
 Ni aun para dallo ahora en breve suma
 Palabras tiene ni lugar mi pluma.
 Monstruosas sombras, ásperos portentos,
 Preñeces fueron desta cueva obscura,
 Que al estrecho rigor de mis intentos
 En tiempo esceden hoy, y en coyuntura:
 Otra trompa les dé claros acentos
 Basta al contesto y fin desta escritura
 Que el mismo dia salió el corzo triunfante,
 El fino arnés vestido de un gigante.
 Del esforzado Anteo, que fue hijo
 De la fria tierra, está la urna eminente
 En la alta gruta de un peñasco fijo,
 De un cuajado cristal resplandeciente,
 En cuyo seno halló el bulto prólijo
 De escamados artejos de serpiente,
 Que por arnés el monstruo se vestia,
 En perlas anudado y pedreria.
 Tuvo á las faldas desta inculta sierra,
 Con Alcides una áspera batalla,
 Alcides que en los puntos de la guerra
 Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;
 Y el hijo altivo de la humilde tierra
 Así el perdido aliento halló al tocalla,
 Que el caer al golpe de la hercúlea clava,
 La primer fuerza que perdió le daba.
 Hasta que el héroe invicto el cauto pecho
 Del suelo levantó, y suspenso en calma,
 Los músculos cerró en un nudo estrecho
 Que al perezoso cuerpo exaló el alma
 Dejando al vencedor nuevo derecho
 Del libio reino, y del honor la palma,
 Y á esta cueva en blason de sus porfias
 Su fino arnés, y sus cenizas frias.
 Hércules por trófeo á su victoria,
 La limpia clava que forjó Vulcano
 Al sepulcro añadió, para memoria
 Que allí lo abrió su poderosa mano:
 Y el corzo rey en nueva vanagloria,
 Vestido el serpentino arnés ufano,
 Al salir pareció la clava al hombre,
 Nuevo Alcides del mundo, y nuevo asombro.
 De un escamado cuero de serpiente
 Que en oro cada escama se cogia,
 Cuya ancha boca la arrugada frente
 Y áspero cuello del jayan ceñia,
 Hecho un feroz dragon resplandeciente
 Dejó la cueva, y el siguiente dia,
 Al liso pié de un álamo sombrío,
 Un caballero vió al raudal de un río.
 Que apesar de la ardiente siesta el punto,
 Y del seco aire la tostada llama,
 Se aprestaba, y cabe él vivo el trasunto
 De la belleza en hábitos de dama:
 Mas del campo de Francia el grave asunto
 A dar noticia entera de él me llama,
 De su gente, sus fiestas, y de cuanto
 Al mundo en sus bravezas causa espanto.

ALEGORIA.

Por Bernardo, que habiendo visto en los encantamientos del Carpio la clara sucesion de su linage no trata mas de buscar á Arcángelica, se muestra, que el varon heróico, que antes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplacion y verdadero desengaño de lo porvenir, y á enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y deja lo que antes le traia distraido, y procura acompañado de virtudes volver á la obediencia y jurisdiccion del entendimiento; de adonde los deseos de venganza le habian sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los arenales de Africa, despues de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir, que sin la memoria, entendida por Reinaldos, aunque uno haya dado vuelta á todas las grandezas del mundo, se hallará en un arenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna mas que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una mujer distraida y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leoncio se descubrió la crueldad de las mujeres, que como por la mayor parte les falta prudencia, son cruces por esceso. En la tragedia de Artabano, se pinta el lamentable y desdichado fin de un adultero.

En Morgante, que habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa, que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO. Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, interpretálo Malgesi, Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjense por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar de ella sobreviene Morgante que lo osterba, y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España: Orimandro halla á Artaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.

Ya en este tiempo el bélico aparato
 Del francés campo, con marchar sonoro
 Al son de los clarines, y al rebato
 De las trompetas y los lirios de oro,
 La fama con las sombras del retrato
 De su grandeza, al africano, al moro,
 Al montañés, al asturiano, al godo,
 Todo lo asombra, y lo alborota todo.

Decretóse en París, que á la importancia
 Del francés brio, la imperial persona,
 A toda diligencia y toda instancia,
 Al campo baje que venció á Girona:
 Que allí le siga lo mejor de Francia,
 Invicto cerco de su real corona,
 Suspendiendo las fiestas para cuando
 Con los demás se cobre el fuerte Orlando.

Llegaron en un tiempo los franceses
 Con su César al campo belicoso;
 Roldan por varios trances y reveses
 Buscando el español brazo brioso,
 Que de él probó y Dudonio los arneses,
 Y de ambos salió libre; y victorioso
 Reinaldos, de haber hecho con su vuelo
 Una raya en la mar, y otra en el cielo.

Trajo tras sí de Amon el hijo amado
 Del muro antiguo las estatuas de oro,
 Que la codicia del metal preciado
 Con ella aumentar hizo el tesoro:

Del rey Artus el cuerpo sepultado
 En rica tumba de metal sonoro,
 A la ancha puerta de la sala estuvo
 Los siglos que su estrella le entretuvo.

De allí el etéreo cuerpo, ó sombra humana,
 Aun no del todo adelgazado en viento,
 Con blando curso por la esfera vana
 De aire volaba en débil movimiento:
 Cuya fantasma, aunque al mover liviana,
 Al sepulcro dió nuevo movimiento,
 A la roma figura y breve amago,
 Que á un cerco obscuro el francés mago.

Al fin con la sagaz lección del sabio,
 Que los mundos gobierna del Poniente,
 El encantado pueblo el vil resabio
 De su metal perdió resplandeciente:
 Sembró la fama en placentero labio
 La gran resurreccion del pozo ardiente,
 Alegróse el real, y el campo ufano
 Con la vista creció de Carlo Mano.

Manda otra vez en honra de su gusto
 Que de nuevo se vistan de alegría
 Las resfriadas fiestas, premio injusto
 De un deseado malogrado dia:
 Crecen al débil pecho y al robusto
 Orgullos que la ardiente sangre cria,
 Y abre un fresco placer el pensamiento
 La vecina jornada del contento.

Así tal vez de entre los cuernos de oro
 Del toro alegre de calor fecundo,
 El rubio alegre sol siembra el tesoro
 De Flora, y llueve regocijo al mundo:
 Crece en las selvas el parlero coro
 De las aves sin dueño, el mar profundo
 Serena sus riberas, rien sus playas
 En crespas olas y argentadas rayas.

Tal del campo francés fue el alborozo,
 Tal de sus claros héroes la venida,
 Tal de sus almas el ardiente gozo,
 Que á las ya muertas fiestas dieron vida:
 Mas siempre este placer trajo rebozo,
 Siempre en estrella se trazó impedida,
 Siempre huyendo fué, y de lance en lance
 Nunca á sus trazas dió el contento alcanze.

Por la renunciacion de Alfonso el Casto
 Se comenzó en los campos de Girona,
 De allí por nuevo azar mudó su gasto
 A Perpiñan del César la corona:
 Ya en París con rumor confuso y vasto
 Le pregonó la fama; hoy le pregonan
 En Limojes, y al fin de dia en dia
 Tarde amanece el de su alegría.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
 Temp laba al rojo carro las centellas,
 Desguarneciéndolo al mundo del tesoro
 De su luz, y bordándolo de estrellas:
 Del yugo ardiente las coyundas de oro,
 Las rubias horas, y las ninfas bellas
 Le desatan, y puestas en contorno
 De magestad le sirven, y de adorno.

Quién las riendas le toma de la mano
 Cargadas de encendida pedreria,
 Quién la corona, quién el manto ufano,
 Que el cielo y tierra visten de alegría;
 Quién peina á su cabello soberano,
 La luz de adonde al mundo nace el dia,
 Quién le alivia el calor, quién la maraña
 De oro en rocios de olor le templa y baña.

Quién el fogoso pértigo levanta
 Al carro que anda trastornando sinos;
 Quién los caballos da, quién la enmanta,
 Frenos tascando de diamantes finos;
 Quién de los piensos de la ambrosia santa
 A sus pesebres da colmos divinos,
 Y quién le carga á la encubierta noche

De dulce sueño el enlutado coche.
Apoderóse la quietud callada,
En sesgo vuelo y pasos descuidados,
De la fría tierra sin color sembrada
De nuevos animales desmayados,
Al sabroso sosiego encomendada
La importuna batalla de cuidados,
Las doradas estrellas encendidas
Sus cursos abreviando y nuestras vidas.
Cuando en la sala real ardiendo en oro,
En blanda pluma, y en pomposo lecho,
Al grave César hurtan el tesoro
Del sueño los cuidados de su pecho:
Cércanle el alma y sin guardar decoro
Al tiempo, á la persona, ni al provecho,
En parlero silencio no se halla
Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino
Reposo busca en vano de mil modos,
Aquí vuelve y allí, y ningún camino
De paz encuentra, aunque los prueba todos;
Que el descuidado sueño en mejor tino
Viene á la humilde plebe que á los godos,
Y siempre goza dél en mayor suma
La seca paja, que la blanda pluma.
Tras larga noche al fin el dulce frío
Del alba, en perezo y tardo sueño,
El rostro le bañó, y con su rocío
La pasada inquietud quedó sin dueño:
Huyeron los cuidados, perdió el brio
Y de la altiva magestad el ceño
Quedando en el olvido, y el semblante
A los demás mortales semejante.

Mas como el gran sentir de una alma grave
Mayor estruendo y máquina revuelve,
De interiores figuras, el suave
Sueño, que en la del César ya se envuelve,
Al real tesoro destorcó la llave,
Y en pomposo aparato y forma vuelve
Cercado de fantasmas fugitivas,
Que aunque son muertas le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía
El pintado Morfeo, en el concurso
De un grave teatro representa y guía
De nuevas cosas un fatal discurso;
Y en unos valles lóbregos, que el día
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,
Por entre pardas grutas y anchas quiebras,
De dragones peñadas y culebras;

Cercado de sus bravos paladines,
En pomposo ademan caza gallarda
Empezar le parece, y que á los fines
Del monte un rojo leon feroz le aguarda,
A quien de aquellos riscos los confines
Por su defensa tienen, y por guarda
De un rico árbol que lleva pomas de oro,
Mejor que Atlante, y de mayor tesoro.

Aficionó al francés la nueva fruta,
Y la piel roja del leon gallardo,
Y con sus doce príncipes la gruta
Altivo escala, y sube al risco pardo,
De donde cada cual le da y tributa
Al desenvuelto leon un presto dardo,
Que él victorioso en su escombrada plaza
Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana, ni arma entera,
Que no destruyan sus valientes garras,
Solo se salva el que ligero afuera,
Saltando del palenque, huye las barras
De sus lanzas: la suya por postrera,
Ya en posturas lanzar queria bizarras,
Confiado de le dar con ella alcance,
En presto golpe y en seguro lance.

Quando el limpio venablo en brio certero
Rompiendo el aire el rey dormido arroja;

Mas no tan presto el relumbrante acero
Del crespo cerro halló la espalda roja,
Que atrás recio tornó, volviendo entero
Al rey, que huyendo va en mortal congoja.
Por no hallar de las suyas arma entera,
Que todas las rompió y tragó la fiera.
Sueña que huye entre quebradas breñas
Del mónstruo horrible que tragó á los doce,
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas
En obscuras fantasmas desconoce;
Quando en las puntas de unas altas peñas,
Que un cielo hacen que la vista goce,
Sobre columnas de cristal parece
Que una abultada real máquina crece.

De un suntuoso palacio alto motivo
De arquitectura y mármoles de pario
Bellas estatuas, donde el bronce vivo
Magestad crece sobre el jaspe vario,
Vuela la pompa, sube el arco altivo
En hombros de oro su alto lacunario,
Cargado de bellísimos despojos,
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.
Gime la firme tierra con la carga
Del palacio y su inmensa pesadumbre,
Que es donde menos el valor se alarga
Cristal los frisos, y oro la techumbre;
Y de hadas allí de vida larga
Una sombría y ciega muchedumbre,
Dando á Demogorgon, que está presente,
Pesadas quejas dél, y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto
De las obscuras parcas, de unas quiebras
Salir horrible vió á la furia Aletó,
A peinar sobre Francia sus culebras;
De quien llover notó fuego secreto
Entre sus negras marañadas hebras
A su infeliz ejército, de modo
Que todo ardia, y lo abrasaba todo.

Las demás furias del confuso averno
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,
Y al cruel barquero del pasaje eterno
Por una barca hacer dos largas puentes:
Vió ensancharse los senos del infierno
Para hacerse capaces de mas gentes,
Y que las parcas no podian unidas
Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura
El fuego ardiente sin pensar le apaga,
Y con los rayos de otra nube obscura
El un incendio al otro incendio traga;
Quando al rey del cuidado la apretura
Lo dulce así de su quietud le estraga,
Que el sueño le escondió, y él sin aliento
Manos y ojos abrió, y así del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno
De las medrosas formas que antes via,
Suspense mira de la luz el seno
Donde murió su sueño, y nació el día;
Y aunque ve que es el delirar sin freno
Vana obra de inconstante fantasía,
Por mas que de la suya alza la mano,
Sacudir de sí el miedo intenta en vano.

Al fin de graves causas lleno el pecho,
En la real cuadra, de su altiva gente
Un sabio y noble parlamento hecho,
En silla de oro y en diadema ardiente,
Del sueño prodigioso el nudo estrecho,
Que su alma ciñe y su memoria siente,
Largo discurso hace, á quien seguro
Consejo pide y luz en tanto obscuro.

«¿Qué sombras, dijo, en varias impresiones
De nuevo el santo cielo á mi alma envía?
¿Qué agüeros, qué prodigios, qué visiones
La noche asombran, y le afean el día?
¿Qué llamas, qué sombríos escuadrones,



Qué fiero leon, qué nueva montería
Mis ojos vieron? ¿deste peso grave
Quien á mi pecho hará un rigor suave?»

Dijo, en varios pareceres puesto
Del fatal sueño juzga el gran senado
Lo que al olvido puede dar mas presto,
Entre pena menor, menor cuidado;
Que la lisonja pudo, y puede en esto
Así á su gusto interpretar el hado,
Y el curso trastornarle por tal senda,
Que antes el daño llegue que se entienda.

Mas el mago francés, que está presente,
Del ignorante delirar se admira,
Y cuan sin miedo el lisonjero diente
La verdad muere, y masca la mentira;
Y bien que escucha, y calla, advierte, y siente
El triste blanco á donde apunta y mira
En su presagio el cielo por entero
De aquel sueño fatal el triste agüero.

Viendo que los demás en él ya puestos
Los cuidadosos ojos, del semblante
Con que oye los oráculos propuestos
Rastreando van del caso lo importante;
Así al César por términos modestos
El hado por venir pone delante,
Y la revolucion de un mundo ambigo
De las estrellas baja al pueblo amigo.

«Prosperé el cielo, y como puede haga
Mi miedo incierto, y vana mi sospecha;
Y si es que á no herir tal vez amaga,
En esta deje la esperiencia hecha:
Crezca el valor francés; mas si empalaga
Su grandeza á los hados, ¿qué aprovecha,
Contra el rigor de inevitables daños,
Dorar lisonjas, ni afeitar engaños?»

La ardiente llama de las negras clinas
De la discordia que en tu gente ardia
Dirá de tus soberbios paladines

Presto la furia y la paciencia mia:
El rojo leon, que á mas sangrientos fines
Su dulce caza el hado incierto guía,
De dragones cercado, y de culebras,
En ciegos valles, y en profundas quiebras,

Es el invicto Leon, reino de España,
De africanos dragones rodeado,
De cuyas garras y atrevida saña
No hay asta entera, ni venablo arnala
Sino es el tuyo, al tuyo no le daña,
Tú solo volverás, solo á tí el hado
La vuelta otorga en su infeliz desastre,
Los demás ¡ay de mí!... mas esto baste.»

Rieron unos, y otros mas prudentes
Del sabio ponderaron las razones,
Conforme el gusto y causas diferentes
Con que alargan, ó enfrenan sus pasiones;
Hasta que Montesinos, de elocuentes
Palabras, y de honradas pretensiones,
Viendo en los de Maganza el regocijo
Con que de Malgesi se burlan, dijo:

«Después que del traidor Rangorio el brazo
De ilustre sangre el Mopsa dió cubierto,
Y el conde don Grimaldo en el regazo
De la universal madre cayó muerto;
Viuda la mia ya del dulce lazo
Que una traicion deshizo en San Lamberto,
A España huyó, llevando en compañía
A mi hermano, y á mí, que aun no vivia.

Allí se retiró de su violencia,
Y allí yo, en el rigor de una montaña,
A ver salí del cielo la presencia,
Y el primer aire respiré de España:
Allí el nombre me puso la inclemencia
Del peñascoso sitio y tierra estraña,
Allí es mi patria, aunque de Flandes vengo,
De España soy, por español me tengo.

Es de Fuente Grimaldo la alta sierra,

Fúnebre pira á los heróicos huesos
De mis difuntos padres, donde encierra
De un triste fin mil trágicos sucesos:
Cuando en mi sangre real la ingrata tierra
De Francia hizo tiránicos escesos,
Y la enemiga patria parricida
A su antiguo señor dejó sin vida.
Los perseguidos huesos desterrados,
En sangrienta urna humilde recogidos,
Del español Alfonso acariciados,
En pompa ilustre fueron recogidos
Con los demás tras ellos arrojados:
Ni ambos ya por nacer, ni ambos nacidos,
Que en lo mejor de la española tierra
Mando en la paz nos dió, y honra en la guerra.
Mi hermano don Teobaldo de Guevara,
Del rey navarro, y de su hermosa hija
Esposo, y yerno, en posesion mas clara
El comenzado domicilio afija:
A mí del Casto la prudencia rara
Por su embajador hizo que me elija
Al César, donde en la ocasion presente
Por razon le granjee, ó por pariente.
Y así á las importantes que he propuesto
Para que esta jornada se desista,
Lo mucho de ambicion y poco honesto
En que se funda examinada y vista,
Juntando á las demás que ha dicho y puesto
En sabia copia, y en prudente lista,
Malgesí, los agüeros, y el aviso,
Que en ellos dar el cielo al César quiso.
Digo que en zelo santo y noble pecho
Dejar se debe el bélico aparato,
O volver de las armas el pertrecho
Contra la gente infiel del pueblo ingrato:
Contra las mairas sierpes, que á despecho
De la ley santa en infernal retrato
El español distrito tienen puesto
En daño grave, y riesgo manifiesto.
Y que seguir el curso de las cosas
Es hacer la pasion que ahora las guia
Las enemigas armas poderosas,
Y dar rendida España á Berbería:
Y á las naciones al cristiano odiosas
Con la nuestra aprobar su tiranía,
Y darse del sin ley pueblo precito
Cómplices en la culpa y el delito.
El desnudar el alma de ambiciones,
Mostrar la saña y cólera medida,
Y en freno de oro gobernar pasiones,
Dando á las leyes con la suya vida,
Es propio de cesáreos corazones,
Del pecho real la senda mas sabida:
Esto es ser rey, reinar en sí primero,
O sea el reino un lugar, ó el mundo entero.
Mas pensar que el soberbio cetro de oro,
La ardiente mitra y la imperial corona,
Tengan su magestad en el tesoro,
Mas que en el pecho heróico y real persona:
Que sea mas rey, quien del cristiano ó moro
Mas reinos gana y cetros amontona,
Es tiránico abuso, es desatino
De la grandeza y magestad indino.
Y así al que en parecer contrario fuere,
Y en lisonjero labio alzare vientos,
O con vanos discursos pretendiere
Negar, ó deshacer mis fundamentos:
A uno, á dos, y á tres, y á los que hubiere
Desta opinion, yo solo en sus intentos,
Si á ver mi espada, y á probarla llegan,
Confesar les haré lo que ahora niegan.»
Dijo, y un sordo murmurar confuso
Se derrama en el grave parlamento,
Que en diferentes opiniones puso
De la resolucion el alto intento:

A unos del bravo paladin compuso
El gallardo ademán y altivo aliento,
Y á otros el dulce razonar severo,
Y á otros del César el soñado agüero.
Mas el soberbio Orlando, ó ya ofendido
Del reto y desafío disfrazado,
Con que en brio colérico encendido
Tras sí quiso arrastrar todo el senado,
O por sus mismas causas desabrido,
O de su altivo honor disimulado,
En arrogante tono, y voz severa,
Al montañés habló desta manera:
«Son de los reyes los intentos altos
Ocultas sendas á la humilde plebe,
Por mas que el seso en temerarios saltos
La inteligencia busque que los mueve;
Y así en grandeza pródigos, ni faltos,
La imprudencia inferior juzgarlos debe,
Ni darles tasa, regla, traza, ó modo,
Sino adorarlos y admirarlos todo.
Tú si á pedir veniste desafío
Contra Oliveros, hijo de Rangorio,
Por vengar de tu padre el cuerpo frio,
Y la agraviada sangre de Sertorio;
Allá al campo aplazado guarda el brio,
Allá pon leyes, y te haz notorio;
Mas si acaso del Casto rey gallego
Al César traes razon, ó humilde ruego,
Propon el caso, ordena de otra suerte
En inferior estilo tu embajada,
Negocia humilde que su campo fuerte
Por bien de paz suspenda la jornada:
Que la sentencia, y el rigor de muerte,
Ya contra España y su arrogancia dada,
Se dilate algun tiempo, ó trueque el modo,
Sino es posible revocarse todo.
Mas querer por tu antojo dar medida
A los grandes motivos de la empresa,
Y á tus vanos discursos reducida
Sin mas razon la magestad francesa,
Es loca presuncion, lengua atrevida,
Frívola ostentacion, que se atraviesa
Sin fundamento al paso, freno estrecho,
Mas que de discrecion de ambicion hecho.
Yo ahora desta célebre jornada,
Ni apruebo ni repruebo el grave intento,
Que si por una parte está infamada
De ambicioso y liviano fundamento,
Por otra basta darla acreditada
La gran presencia del cesáreo aliento,
Que no habrá guerra injusta, si la abona
La grave autoridad de tal persona.
Y así de tu discurso al postrer punto,
En que á todos te opones temerario,
Viendo que del imperio el poder junto
Aprueba y sigue el parecer contrario,
Por todos digo que al soberbio asunto,
Que á defender te ofreces voluntario,
No bastas, ni tu espada y brazo alcanza
Al blason de tan bárbara alabanza.
Y en razon dello el campo y desafío
Por todos juntos desde ahora aceto,
Que como general de Francia es mio,
Y como á tal me toca y hiere el reto:»
Dijo, y del paladin flamenco el brio,
Que en España nació, al gallardo efeto
De provocarle el conde á la batalla,
Brioso pide luego el comenzado.
Mas el galán y bravo Durandarte,
Contra el rostro feroz del conde esquivo,
Narciso en cuerpo, y en braveza Marte,
Así se puso en medio, y dijo altivo:
«Cuanto mi primo ha dicho, en todo, ó en parte,
O en propia empresa, ó general motivo,
Es razon y verdad, y no la dice

Quien esta con pasion le contradice.
Y porque la batalla, que aplazada
Antes de ahora está con Oliveros,
Entrar le impide luego en la estacada,
Y poner freno á esos livianos fieros,
Yo estoy aquí, y aquí mi libre espada,
Que con la razon mia, y sus aceros,
Haré al conde de Brava que confiese
La contraria opinion, aunque le pese.»
Dijo, y el bravo principe de Orange
Meridian, de Durandarte hermano,
Aunque antes no le hablaba, al rico alfanje
Furioso pone la atrevida mano,
Y al del cuartel del rojo escudo afrange,
«Mio es, le dice, el campo, el campo en vano
Procura de otra espada y de otra via,
Quien le tiene aplazado con la mia.
El campo de mi hermano y de mi primo,
Yo solo lo haré, yo solo basto
A la vana arrogancia que no estimo,
Ni mi brazo, si el suyo no contrasto:
Bien sabe el conde el imprudente arrimo
Que de Celindos dió al intento casto,
Por no decir tirana alevosia,
Que en la condesa de Irlas pretendia.
Cuando con loca y bárbara arrogancia,
A sola su pasion y gusto atento,
Fiero juró, á pesar de toda Francia,
De hacer el intentado casamiento:
A esta incauta promesa, á esta jactancia,
Con mi espada he de dar el escarmiento:
Sobre este punto la batalla quiero
Por todos tres, pues la acepté primero.»
Dijo, y el bravo Orlando ardiendo en ira,
Cual marsilio leon, que en medio un cerro,
Un venablo de aquí, y de allí una vira,
Un cazador de acá, y de acullá un perro,
Le ciñe, ladra, le amenaza y tira,
Y él pone á todos encrespado el cerro,
Así el conde feroz con tres compite,
Y este, y aquel, y el otro campo admite.
«Salid todos, replica, á todos quiero,
Y sacad con vosotros todo el mundo,
Que todo junto, cuando sea de acero,
No deshará mi brazo furibundo:
¿Qué paraís en segundo ni en primero?
Sed primero los tres, Francia el segundo,
Que á Francia, y á los tres, y á todo el resto
Para matarlo junto estoy dispuesto.»
Así dijo, y Celindos el infante,
A quien Meridian trató de aleve,
«Mio es el campo, ya en cuerpo bastante
De edad me ha puesto, dijo, el tiempo leve:
Con Meridian lo quiero, pues delante
De mí ya el conde Dirlos no se atreve,
Medroso que haga en él mi ardiente rabia,
Lo que hacer no pudo la de Arabia.
Con encogido miedo, temeroso
De la batalla que aplazó conmigo,
Por los desiertos anda receloso:
Sin osarse acercar al campo amigo:
Mas pues ya se llegó el tiempo dichoso
Que por mí puedo responder, le digo
Que miente, quien dijere, dijo, y dice,
Que yo las nuevas de su muerte hice.
Y sin esta batalla, con su hermano
Entrar en la segunda quiero luego
En razon que con término villano
En los amores de Belerma ciego,
Que habiéndome ella á mí dado la mano,
Y de sí misma un marital entrego,
Se alaba que la sirve, y que es su amante,
Y que hubo...» y no pasó mas adelante.
Que el gran Reynaldos con semblante horrendo
El brazo alzó por darle, si alcanzara,

Un libre bofetón; mas no pudiendo
La mano, el guante le arrojó á la cara:
Y en bélico coraje y furia ardiendo
Contra él y Durandarte se declara,
A entrambos pide campo, á entrambos dice,
Si cada cual por sí no se desdice:
Celindos del infame y torpe enredo
Que contra el conde Dirlos ha inventado,
Y el galán Durandarte del denuedo
Con que se finge de Belerma amado:
Que de pura verdad, ó puro miedo,
Confiese por quimera su cuidado,
Y á ella mentar en público y secreto
Esposa de su hermano Ricardeto.
Salieron á la parte del infante
Celindos, don Roldan, y don Gayferos,
Que á un mismo tiempo el ánimo arrogante
Entre las armas barajó los fieros:
Reynaldos dentro en su feroz semblante
Libre se opone á todos los aceros,
Y el bravo Durandarte al mismo modo
Por su amada Belerma al mundo todo.
Sin respetar la grave imperial silla,
Ni la cesárea magestad en ella,
La pasion arde, crece la rencilla,
Y todo el furor ciego lo atropella:
Cae el honesto respeto, y se amancilla
La debida obediencia con perdella:
Los nobles héroes, y el senado santo,
Un ciego nudo son de horrible espanto.
Mil lucentes espadas en un punto
Rayos al aire dan, y al sol vislumbres,
Cuyos golpes en triste contrapunto
El oro hacen temblar de las techumbres:
Suena en confuso estruendo todo junto,
Héroes, rayos, furor, armas, vislumbres,
Sin que el brazo del rey, que está delante,
Para enfrenar su furia sea bastante.
Reynaldos al valiente Durandarte,
Que á Celindos tiró un revés ligero,
Del rico manto una bordada parte
Al suelo le arrojó de un golpe fiero:
Dobló el francés el cuerpo, y por la parte
Que halló camino el peligroso acero,
Así al hijo de Amon se entró derecho,
Que los dos tercios le escondió en el pecho.
Hizo á soslayo la mortal herida
Golpe sin riesgo, que á encarnar la espada,
Costara al noble paladin la vida
La injusta brega sin sazón trabada:
Cuando á Orlando á sus piés dejó sin vida
Al jóven Meridian de una estocada,
Y el zeloso ofendido Durandarte
A Celindos pasó de parte á parte.
Hirió el traidor Anselmo á don Gayferos,
Dudon al generoso Baldovinos,
Y por cubrirse á un golpe de Oliveros,
Naymo en el hombro izquierdo á Montesinos:
Nunca en riesgo mayor lances mas fieros,
Ni en mas furor mas ciegos desatinos
En su córte vió el César, ni en su gente
Discordia igual, ni fuego mas ardiente.
Galalon, que del centro de su gusto
La marañada confusion miraba,
Al lado puesto del monarca Augusto,
Calor á la confusa brega daba:
«Pon, dice, ó gran señor, pecho robusto
En prender al traidor señor de Brava,
Y á Reynaldos, que abrió del desacato
La aleve puerta en el primer rebato.»
El grave cetro de la mano arroja
El César, ya de lágrimas cubierto
Viendo á Roldan, y con mortal congoja
Al principe de Orange á sus piés muerto:
Tinta su ardiente espada en sangre roja,